



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.^a — AÑO XIV. — TOMO XII.

NÚMERO 23. — Madrid 15 de Agosto de 1889.

NUMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.



PRIMERAS NOCIONES, CUADRO DE JUAN LIMONA.

SUMARIO

Texto.

La Década, Tordesillas. — *Geología y protohistoria*, discurso leído por el Dr. D. Juan Vilanova y Piera en su recepción de la Real Academia de la Historia (continuación). — *El día 15 de Agosto*, E. C. — *A María*, Dolores Moncedá y Maciá. — *Higiene y medicina*, doctor González del Valle. — *Niñerías. La leyenda del dolor*, Manuel Tolosa Latour. — *Rosas y espinas*, Josefa Pujol de Collado. — *Los ángeles de la tierra*, Angel Lasso de la Vega y Fiscowich. — *Asociaciones benéficas. Escuela católica de obreros en Zaragoza*, Pedro Gascón Gotor. — *Crónica*. — *Notas sueltas*.

Grabados.

PRIMERAS NOCIONES, cuadro de Juan Llimona. — Hay un trabajador que, á su ruda faena, tiene que añadir graves contratiempos. Acostumbrado desde niño á exponer la vida, familiarizado con el peligro y convencido de que la existencia de sus hijos depende de su trabajo, aléjase sereno de la playa, dirigiendo una mirada á la casita que sintetiza sus afecciones. Interesante es el cuadro que se presenta á su regreso, si la pesca ha sido abundante y el mar ha permanecido tranquilo, recompensando sus afanes; la alegría se convierte en tristeza é incertidumbre si, mientras el pescador se halla ausente, las nubes cubren el cielo y el viento encrespa las olas. Entonces la angustia de la familia es inmensa y supremos los esfuerzos del marino, que las más de las veces no cuenta con otro auxilio y compañía que la de un niño, un hijo suyo que contribuye con su presencia á aumentar sus malas impresiones. El celebrado artista catalán Juan Llimona da en esta obra forma y colorido á una de esas escenas de la vida del mar, tan frecuentes en nuestras costas. El niño marino recibe las lecciones prácticas que le dicta la experiencia de su padre, para que, cuando éste no pueda empuñar el remo, le sustituya el niño, ya hombre, en la peligrosa faena. La composición está bien entendida y caracterizados hábilmente el barquero y el aprendiz.

LA MADONNA, cuadro de Jorge Pappey. — Nadie ha logrado idealizar sus vírgenes, verdadero trasunto de hermosura, como el pintor por excelencia Rafael de Urbino. El autor del lienzo que reproducimos no desmerece en el difícilísimo género de pintura religiosa ni en el empeño de interpretar la pureza y santidad de la Madre de Dios, fuente de inspiración para el arte y germen del sentimiento cristiano. En esas líneas vigorosas hay algo de la escuela española; la cabeza del niño Jesús reúne á la expresión el modelado. El cuadro, en conjunto, es bello y propio del día en que se publica.

LA SIEGA, cuadro de F. Urgelles. — De tal suerte se refleja en este paisaje la naturaleza con sus variados primores, que al punto se advierte la impresión directa, la observación de ese conjunto de bellezas, nacidas al soplo de la creación. El campo de la dorada espiga; los árboles heridos por la luz matinal; el cielo ligeramente nebuloso; los bien medidos términos; la perspectiva aérea, todo está tratado con sencillez y con delicadeza de lápiz, hasta en los más mínimos detalles.

ABONADO Á LA PLAYA, busto en bronce de Anglés. — Este tipo, que tanto abunda en los puertos, está tratado con tal delicadeza y exactitud, que vale una reputación. El Sr. Anglés ha hecho en él estudio concienzudo del natural. El desenfadado pillete, más que copiado, está vivo: habla.

LA DÉCADA

ENO se vuelven salidas, sin contar las de pie de banco: recorriendo las primeras líneas de los telegramas, leeremos: el Sr. Tal — cualquier As de la baraja — salió á las nueve con dirección á.... lo mismo da: el Sr. Cual saldrá á las dos para.... ¿qué nos importa? donde permanecerá tres días, ¿y qué....? y otros cuatro en.... perfectamente, quedamos enterados, feliz viaje. El Emperador alemán volvió á Berlín y ahora espera al de Austria y luego al ruso. El Shah de Persia dejó á París y París se quedó con él, es decir, con su dinero, y ya no recuerdo más gente que salga y entre á no ser las partidas que tanto danzan, ignoro si en la imaginación de los alarmistas noticieros, ó en la esfera de la realidad. La partida de Alcalá, la partida de Jimena — malas partidas — y además, el partido nonnato de Irún y el partido.... de pelota, que con su telegrama y todo anuncian desde San Sebastián. Y sigo descabezando los sueltos de los periódicos; Coruña: han comenzado las fiestas de.... que consisten en corridas de toros.... es sabido: adelante. París: se ha verificado la inauguración de la gran plaza de toros del Bosque de Bolougne.... donde había 20.000 espectadores.... comprendido; por eso en nuestro redondel ya no hay gente.... París: la primera corrida en la plaza de la calle de Pergolese... estos franceses se llevan todas nuestras plazas fuertes, y vea usted lo que son las cosas, nosotros salimos victoriosos.... Un periódico

eiffelino, añade que la tauromaquia reina en París, pues además de los ruedos citados hay otros en la calle de la Federación y en la de los Landeses, donde se dan representaciones traducidas del español los jueves y domingos. A compás de esto, también se torca á Boulanger, que de antemano se sabe será condenado. Mr. Carnot recibió á los estudiantes extranjeros que expresaron sus simpatías por la nación francesa, lo que el Presidente de la República agradeció en el alma, y no sé por qué se me antoja que pudo preguntar á alguno de aquellos jóvenes amables: ¿Y cuándo estudian ustedes?

El Emmo. Massaia, Cardenal de la Santa Iglesia Romana, que acaba de bajar al sepulcro, cerca de Nápoles, donde descansaba á los ochenta años de las fatigas de la vida de misionero, que sobrevivió durante treinta y cinco años, pertenecía á la Orden de San Francisco, en la que sobresalió como Teólogo consumado y varón de probadas virtudes cuando mantuvo larga campaña evangelizadora en la Abisinia, sufriendo con alientos de mártir en su ferviente propósito, la persecución y los castigos de aquel rey. La muerte le sorprende en ocasión de intentar su octava expedición al país de los Galas, á pesar de haberle retenido Su Santidad en Roma. Su obra, dedicada al Papa, *Mis treinta y cinco años de misión en la alta Etiopía*, tiene doble importancia, ya en el concepto vocativo de la fe como en la esfera de la ciencia geográfica, en que el sabio Cardenal era consumado maestro. Sus luchas, trabajos y sufrimientos, que siempre soportó con cristiana entereza, así como le hicieron digno de la púrpura, habrán abierto las puertas del cielo al venerable apóstol de la verdad y de la caridad. En cambio de esta dolorosa pérdida para la Iglesia, el Cardenal Lavigèrie ha regresado á París restablecido de su enfermedad, y dispuesto á proseguir otra empresa no menos fecunda; la de extinguir la esclavitud en África, que domina su pensamiento y excita su prodigiosa actividad.

El crítico Clarín (Leopoldo Alas) y el poeta Manuel del Palacio se disparan con flecha, que parece tiene sus puntas de veneno, porque el primero sostiene que en España no existen más que dos poetas cumplidos, que son Campoamor y Núñez de Arce, y un medio poeta, Palacio; á lo que éste replica, con unos tercetos de gran calibre, pretendiendo demostrar, y demostrando, en efecto, que no merece esa merma en su bien ganada categoría de hijo mimado de las musas. Manuel del Palacio, juzgo yo, en vez de convertir la pluma en chafarote, defendiéndose á mandoble limpio de su contrario, debió hacer, como quien dice, la vista gorda á tales absolutas: coser y cantar y seguir derramando su inspiración, que no envejece, en esas composiciones, en esos sonetos esculturales, que diga lo que quiera y piense lo que piense Clarín, tienen pocos rivales y le acreditan de artista, de poeta de primera fuerza, de poeta que llena la medida, de poeta completo. De estos dimes y diretes, impropios de hombres de lastre, porque Alas ve largo, piensa hondo y tira alto, sin otro defecto que el de originalizarse, matonear, sacudir cuando rasguea, y toser fuerte para que se le oiga desde lejos, nada se saca en limpio: sólo el amor propio, que se parece algo á la tontería, se saca en puerco, dicho sea con perdón y sin agraviar á nadie. Contra lo que Clarín afirma, ahuecando la voz y soltando quina, de que no contamos más que con dos poetas y miche, yo saco algunos más, no se si de á libra ó de cuarterón, y nadie me quitará de la cabeza que son poetas capaces de dar un disgusto á los disparos del

crítico torpedero, Querol, Griló, Balart, Salvany, y puede que, si me estiro, lleguen á media docena, salvo, ó cosa así, Valera, Menéndez Pelayo y Canete, citados por los periódicos, que son tres celebridades, tres grandes entendimientos, tres ilustraciones de nuestra literatura, todo lo que se quiera, y más, pero que no han sido, ni son, ni serán nunca, poetas en el sentido genuino de la palabra.

Y no queda espacio para hablar de las verbenas que van y vienen; de San Cayetano, de San Lorenzo con sus pinos trasplantados en seco, sus arañas y cadenas de papel, sus estrepitosas músicas, su torre *infel*, sus pañolones de Manila, su cabalgata dirigida por un diputado de la nación, y lo que es de admirar y de aplaudir, con su honrada expansión y su orden perfecto. De la Virgen de la Paloma, que más que al espectáculo popular, dará su dinero á los pobres. De San Agustín, que anuncian los vecinos de la Plaza de toros; de la Almudena, en la cuesta de la Vega; del Rosario en las alturas de la calle de Claudio Coello y de otras que se inventarán para solaz del pueblo y auxilio de vendedores, regocijo de revisteros y quitapesares de los que nos quedamos en casa, este rápido verano.

Tordesillas

GEOLOGÍA Y PROTOHISTORIA

DISCURSO

LEÍDO POR EL

DOCTOR DON JUAN VILANOVA Y PIERA

al ser recibido como individuo
de la Real Academia de la Historia.

(Continuación.)



En el Congreso de Antropología y Arqueología celebrado en 1867 en París, se anunció por Desor el hallazgo hecho, en el campo de los Ángeles de California, de un cráneo humano á 51 metros debajo de diferentes capas de toba volcánica y de grava, materiales reputados terciarios, pero, bien examinado el cráneo, resulta ser de un indio moderno, y es, dice Mortillet con oportunidad, que los operarios, no encontrando en las excavaciones que practicaban oro bastante á satisfacer sus necesidades ó sus caprichos, lograron sacarlo del bolsillo del Sr. Withney, director á la sazón de la carta geológica del país. Por otra parte, los Sres. Cessac y Simonin, habiendo visitado la localidad en cuestión, declaran que no merece siquiera nombrarse el tal hallazgo.

Á más de los restos humanos, se ha invocado, en favor del hombre terciario, la existencia de incisiones en huesos fósiles que supusieron Desnoyers, Delaunay, y especialmente Capellini, haberles producido una mano inteligente; pero hoy apenas hay quien conceda importancia al hecho; pues á la material imposibilidad de ser el hombre su autor, dadas las especiales circunstancias que en el yacimiento de dichos huesos concurren, como oportunamente demostró el Sr. Stefanis, geólogo sienés, hay que agregar que faltan en el terreno los instrumentos que debieron haber servido para la operación. Por otra parte, el Sr. Magitot, con los ingeniosos experimentos practicados ante la Asamblea de Buda-Pest, demostró perfectamente que aquellas fueron producidas por causas naturales, entre las cuales deben mencionarse los grandes tiburones y los poderosos roedores cuyos despojos se encuentran en el propio

yacimiento. Y ¡cosa extraña y bien curiosa, por cierto! á pesar de rechazarlo todo el mundo, este es el dato que en favor del hombre terciario invoca Quatrefages, insigne profesor del Jardín de Plantas, siquiera no sea del terciario medio, sino del superior, como así lo declara en el prefacio de la obra de Cartailhac sobre lo prehistórico de España y Portugal, en la que se advierte el extraño contraste que hice notar en el Congreso de Nancy; pues mientras éste rechaza todos los argumentos aducidos en pro de la idea, por considerarlos insuficientes y sin fundamento alguno, el señor Quatrefages la admite, aunque dejando aparte lo de Thenay y de Otta, en que antes creía, fundándose en las incisiones que ofrecen los huesos fósiles descubiertos por Capellini, cuya escasa, por no decir nula significación, queda indicada; en los esqueletos de Castenedolo, que Topinard considera recientes é históricos, y en los instrumentos de sílex de Puy Courty (Auvernia), dados á conocer por el Sr. Ramés, cuya verdadera procedencia de la superficie del terreno señaló hace años nada menos que la Sociedad Geológica de Francia, congregada allí para esclarecer el asunto.

Quédense en hora buena con sus ilusiones los que aun se entusiasman con lo que sus mismos partidarios de otros tiempos rechazan por infundado, habiendo tenido que inventar, por las exigencias del transformismo, el alalo ó antropopíteco, pues tanto monta; y que los regocije la grata esperanza de encontrar algún día en el terreno la realización de lo que creó la fantasía, como la abriga el portugués, bachiller en Filosofía y Medicina, Burnay, en su libro de *Cra-neologia* publicado en Coimbra en 1880, añadiendo de cosecha propia, que debemos estar preparados para el tal descubrimiento; resignándose, añade, de buen ó mal grado, aquellos á quienes sea poco grata la ascendencia.

Sin preocuparnos en lo más mínimo de que algún día se descubra lo que antes de aparecer sirve de pretexto para tanto y tan inmotivado alborozo, ya que en el venerando Código en el que se pretende que existe desarmonía con los descubrimientos modernos, no se citan fechas en las que pudiera hallarse contradicción, concluiremos la historia del globo, con el fin de encontrar el punto en que converge con la de nuestra propia especie; acontecimiento que, con muy contadas excepciones colocan antropólogos y geólogos, de común acuerdo, en el período cuaternario, que es el inmediato posterior al terciario, como verdadero comienzo de la época actual. Y aquí, señores, por fortuna, no caben dudas, ni es posible más controversia que la motivada por la ignorancia de la materia: á tal punto son positivos y auténticos los materiales que se conservan en los museos públicos y particulares referentes á los propios restos del hombre y á las manifestaciones de su primitiva industria, sirviendo de sólido fundamento, según se ha dicho, á dos ramas nuevas del saber; la *Paletnología* ó Paleontología humana, y la Arqueología protohistórica, que desempeñan en la historia parecida misión á la Embriología en las ciencias biológicas, ya que aquellas, lo mismo que ésta, explican más ó menos satisfactoriamente el origen y primeros desenvolvimientos, la Embriología de los organismos todos, la Paletnología y la Arqueología protohistórica, el comienzo, hasta hace poco ignorado en el campo científico, de la especie humana.

Mas para quilatar la verdadera y trascendental significación que hoy alcanzan en todas las naciones cultas estas dos nuevas ciencias, y para comprender, sin incurrir en exageraciones ni en injustificados escepticismos, la antigüedad que alcanza nuestra especie, tomándola como se debe, desde su origen, importa sobremanera que, en las más breves frases posibles, os dé una idea de los principales aconte-

cimientos que caracterizan el período anterior al actual, ó el que inmediatamente le precede.

Resultado, según unos, del último y definitivo levantamiento de los Alpes, al que debe la gran cordillera su propia orografía, ó por efecto, como quieren otros, de acciones cósmicas, es lo cierto que los tiempos cuaternarios comienzan por un hecho extraordinario y nuevo en la historia del planeta; á saber: la invasión de casi todo el hemisferio N. por las nieves, que desde entonces, ora avanzando, ora retrocediendo, adquirieron el carácter de perpetuas, produciendo, como era consiguiente, cierto recrudescimiento en las condiciones climáticas, siquiera algún tanto moderadas por la notoria humedad atmosférica, fenómeno que determinó la emigración de plantas y animales, que fueron bajando desde las latitudes septentrionales y de las grandes alturas, hacia las regiones bajas, en busca de mejor clima.

Atestiguan este fenómeno geológico extraordinario, entre otros hechos no menos curiosos, la presencia de los cantos erráticos y de superficies estriadas y pulimentadas, en lugares bien distantes, por cierto, de los que ocupa el único agente capaz de producir estos efectos, ó sea la nieve perpetua.

Á este primer gran movimiento de avance siguió, después de un espacio de tiempo harto difícil de precisar, pero siempre muy largo, dada la marcha lenta de los fenómenos de esta índole, otro de retirada de las nieves á sus primeros puntos de partida, lo mismo en sentido geográfico que en el de altitud, aumentando el derretimiento del agua sólida el estado higrométrico de la atmósfera, tan pronunciado, que dió origen á lluvias abundantes y sostenidas, las cuales, aumentando el caudal líquido de la efusión de la nieve, determinaron grandes inundaciones y depósitos de acarreo, que se llaman antiguos, para distinguirlos de los que se forman hoy en los ríos y arroyos, y también diluviales ó del *Diluvium*, palabra sancionada en el lenguaje científico y admitida como buena por los geólogos. Y he aquí cómo, casi sin querer, nos encontramos frente á frente de una cuestión que aun sirve de pretexto para dirigir inconsiderados ataques al libro que siempre será digno de respetuosa admiración; pues considérese el Génesis bíblico como se quiera, no llegando á negar su autenticidad, es lo cierto que durante muchos siglos enseñó al hombre la historia de la creación en general, y la del globo y de sus habitantes, mucho mejor que lo hacía entonces la ciencia; con la particularidad, muy digna de tomarse en cuenta, que cuando ésta llegó en los tiempos presentes á su verdadera plenitud, lejos de hallarse en desacuerdo con la revelación mosaica, cuando se conocen las dos á fondo, se ve que armoniza perfectamente.

No es esta, por cierto, ocasión oportuna para demostrar esta tesis; en el *Manual de Geología*, que en concurso público premió la Academia de Ciencias, y en el *Compendio* que publiqué después, se trata extensamente el asunto; mas por el momento convendrá hacer ver la sinrazón de los que niegan la existencia y la universalidad del diluvio, cuando precisamente este depósito de materiales de acarreo es uno de los yacimientos más curiosos de los restos humanos y de la primitiva industria. Y ¡coincidencia singular! si algún punto existe en Europa donde la formación diluvial alcanza notoria importancia, tanto por su gran desarrollo, cuanto por los interesantes objetos que encierra, ese es Madrid, al que los materiales de aquella sirven de asiento, y en cuyo término se halla San Isidro del Campo, localidad que goza de justa fama por los instrumentos primitivos que en ella se han encontrado, y aun aparecen de vez en cuando.

Pero no es solo Madrid, sino las mayores poblaciones que yo conozco, tales como Londres, París, Berlín, Viena, Roma, en el extranjero, y en España,

Barcelona, Valencia, Sevilla, Granada, etc., etc., se hallan sobre la formación diluvial, como centros de mayor densidad humana, circunstancia á la que dicho depósito concurre muy eficazmente por las especiales condiciones que ofrece.

Para probar la universalidad del *Diluvium*, si no bastara el encontrarse en todas latitudes y alturas, fuera de aquellos puntos de donde la erosión arrastró con posterioridad sus materiales, pudiera invocarse la circunstancia de que forma parte de ella, y muy importante, la tierra arable ó el suelo vegetal, en condiciones tales de fertilidad en algunas comarcas, que se obtienen durante siglos y siglos pingües cosechas, sin necesidad de abono alguno. Tal sucede en la llamada tierra negra ó *tzornoisen* de Rusia; en la algodónera de la meseta del Decan, y sobre todo en el famoso légamo pampero, que ocupa en la América meridional, según el infatigable viajero D'Orbigny, 22.000 leguas cuadradas y ha proporcionado á la ciencia inestimables tesoros paleontológicos.

Como resultado de la acción de acarreo por las aguas líquidas, y á veces también de la combinada con la de las nieves perpetuas, el diluvio se encuentra á la superficie, terraplenando todas las desigualdades terrestres, cuya uniformidad alteró la erosión posterior, y también en el fondo de las cavernas y grietas del terreno, que reciben el nombre de brechas huesosas, en razón á que entre los materiales transportados figuran muchos fragmentos de huesos que, unidos por un cemento, forman conglomerados tanto más interesantes, cuanto que no es raro encontrar á la mezcla preciosos instrumentos de piedra.

Tanto menos correcto es negar la existencia, la generalidad y la trascendencia de la formación diluvial, cuanto que, según queda dicho, representa el primero y más significativo yacimiento de los restos prístinos del hombre y de su industria, asociados á menudo, como para justificar su remota fecha, con los despojos de plantas y animales que representan la fauna y la flora del período cuaternario, iguales á las de hoy, sin más diferencia que la desaparición de algunas grandes especies, y la emigración de otras en busca de condiciones mejores y más adaptables á su organismo.

Esta circunstancia, en la que se fundan hoy casi todos los geólogos para no formar de la cuaternaria una época distinta de la actual, indica además bien claramente que la distribución geográfica de los reinos orgánicos era, con muy escasas variantes, la propia de hoy, como lo justifica plenamente la comparación de los restos fósiles encontrados en el *Diluvium*, con los seres actualmente vivos en el propio continente, bien sea éste el antiguo, patria de los monos superiores, de los grandes paquidermos, proboscídeos y carnívoros, el americano con sus desdentados, ó el austral con los singulares delfos.

Conforme demuestra el examen atento del *Diluvium* y el de las formaciones tobáceas y de la turba, que con aquel comparten el yacimiento de los fósiles cuaternarios, puede asegurarse que fueron contemporáneas las especies de plantas y animales propias de cada continente durante un espacio de tiempo muy largo, siquiera harto difícil de precisar; de donde se infiere, sin gran violencia, que el fenómeno de transporte que representa su principal criadero, dentro y fuera de las cavernas, si bien resultado de inundaciones parciales, hubo de ser general ó universal, supuesto que alcanzó á todos los continentes conocidos.

(Continuará.)

EL DÍA 15 DE AGOSTO

I



BRIÉRONSE los Cielos, y María Madre de Dios subió á ellos en alas de los Ángeles y envuelta en nubes de sublime transparencia y color. ¡Día soberano en que la gloria recibió á la Virgen sin mancha, que había venido al mundo para quebrantar la cabeza de la serpiente y devolvernos el perdido paraíso! Aquel prodigio del Cielo, de que habla San Juan Evangelista, de una mujer vestida del Sol, con la Luna á los pies, y coronada de doce estrellas resplandecientes, algo puede explicar la plenitud de gloria y la altura del Trono que entró á poseer nuestra Señora en aquella ocasión señalada.

Por eso la grande solemnidad de este día despierta nuestra devoción á la Madre de Dios, presutando nuevo aliento á nuestra fe, y aumentando nuestra confianza en sus favores.

María obtuvo dos prerrogativas singulares: la dignidad de Madre de Dios y la plenitud de la gracia, y efecto de ellas tenía que recibir en el Cielo otra tercera; el altísimo grado correspondiente á tales privilegios; *una gloria en cuerpo y alma superior á toda gloria, pues excede á la de las Virgenes, de qué es Reina; á la de los Mártires, de quien es modelo; á la de los Apóstoles y Patriarcas, porque les aventajó en celo y en fe; y á la de los Ángeles, porque les supera en amor encendido á la Santísima Trinidad.*

Circunstancias maravillosas resume esta fiesta. La muerte de María, efecto de su puro amor; su resurrección inmediata, premio de su santidad sin igual, y su ascensión en cuerpo y alma á los cielos, prueba de su gloria. Como criatura quiso sujetarse por ese amor á la ley común de la humanidad, no obstante que como concebida sin mancha original, veíase libre de las consecuencias del primer pecado, una de las cuales es la muerte: mas como aquel cuerpo purísimo, aquella carne virginal estaba exenta de corrupción, fué imposible que reliquia tan preciosa fuese para la tierra sino para el cielo: y así ascendió á él, dejándonos aquí solamente su sepulcro sagrado.

II

Muchas son las advocaciones é imágenes representativas de María que el 15 de Agosto son festejadas con ejercicios de acendrada devoción; entre ellas, para los hijos de Madrid, sobresale la popular efigie de nuestra Señora de la Soledad, de la calle de la Paloma, á quien nuestra villa, sin distinción de clases, rinde tributo de amor y respeto, agradecida á sus multiplicados favores.

Tantos fueron, que no hay más que pisar los umbrales de la capilla para conocerlo, y eso que á tal extremo llegó el número de exvotos de cera y plata colgados de las paredes, que no fué suficiente la nave á contenerlos y hubo que quitarlos de aquel lugar, colocándolos en otro paraje.

Sí: no hay más que entrar en la capilla para reconocer lo que puede esperarse de María, viéndose cual siempre se ven rindiéndola culto y postrados con fervor á sus pies cuantos sufren dolores ó adversidades en la vida, ó van á mostrar su gratitud por favores recibidos.

Y allí está la Virgen de la Soledad en un cuadro que el inteligente no se atreve á analizar por temor de profanar su santidad, para decir si es obra de pintor célebre ó de místico artista atento sólo á pintar una Virgen que haga milagros, haciéndolos realmente, consolando, llorando y por todos intercediendo. Porque esta Virgen llora: llora ante su hijo Dios, orando por nosotros: así lo dicen sus lagrimales surcados y sus manos cruzadas en actitud de rogar en nuestro favor....

Su santuario fué construído en los años de 1795 por el arquitecto D. Francisco Sánchez, discípulo del célebre D. Ventura Rodríguez, con limosnas que al intento recogió una mujer, llamada Andrea Isabel Tintero, muy devota de Nuestra Señora. El edificio es sencillo, no habiendo desmentido Sánchez en su fábrica los principios que de tal maestro recibiera, por sus buenas proporciones. Decoran la fachada dos fajas y un frontispicio triangular en el remate, ocupando el centro la puerta con jambas y guardapolvos de granito. El interior consta de una sola nave, cerrada en el centro con lo que en arquitectura se denomina cascarón, y adornado de pilastras sobre las que corre la cornisa arquitrabada. El retablo es de mármoles y consta de dos columnas corintias con basas y chapiteles dorados: y encima del cornisamento sobre trono de nubes y ráfagas, resalta una cruz rodeada de ángeles. En el intercolumnio está la Virgen sobre el altar siempre resplandeciente de luces de cera, ofrenda de los devotos; y completan el ornamento varios lienzos, principalmente dos próximos al altar, representando á la Concepción y al Obispo San Torcuato. Un Cristo milagroso se venera también en altar portátil al lado izquierdo.

Medio millón de reales costó esa obra, cuya administración escrupulosa corrió á cargo de la fundadora Andrea con tanta admiración de todos, que según auto del Supremo Consejo de Castilla, fecha 25 de Mayo de 1799 y aprobación de la Visita eclesiástica de 31 de los mismos, fué nombrada administradora de la capilla durante su vida, «atendiendo á que tan excepcional mujer había acreditado grandísima fidelidad manejando las excesivas cantidades que había reunido al efecto de fundar el Santuario *sin interventor alguno que la vigilara*; por el esmero con que había procurado el culto de la Santa imagen y por la rectitud con que satisfizo las deudas con que quedó gravado el caudal cuando terminó la obra.»

III

Acerca del origen de tan milagrosa imagen corren diferentes versiones, siendo fama algo extendida, que en las guerras de sucesión á la Corona de España entre Felipe V y el archiduque Carlos de Austria, un viejo soldado de las huestes de aquél, salvó en Villaviciosa de brutal atropello á cierta monja que en su celda daba culto reverente á esa imagen, y agradecida se la regaló para que la conservase, lo cual se efectuó hasta que al morir en Madrid, pasó á manos desconocidas.

En lo que no queda duda, según datos existentes en los archivos eclesiásticos, es que su hallazgo y adquisición por la Andrea Isabel Tintero fué el siguiente:

En el sitio que hoy ocupa la capilla, allá por los años de 1789 (un centenario se cumple actualmente), existía un cercado ó corral, perteneciente á las monjas de Santa Juana, el cual lo tenían alquilado para matanza de reses de cerda. A fin de alimentar el fuego de las calderas de agua hirviendo, estaba entre otras maderas un cuadro ennegrecido. Aprovechó el marco la persona encargada del hornillo, y el lienzo se lo dió á unos muchachos como cosa inútil. Atáronle éstos una cuerda, y fueron arrastrándole por varias calles inmediatas, hasta que, cansados de correr, propuso uno de ellos, llamado Juan Antonio Salcedo, llevárselo á su abuela Josefa Tintero, á ver si quería comprarlo por algunos maravedises para confites. Esta no lo admitió; pero por si

1 Andrea Isabel Tintero nació en Madrid el 30 de Noviembre de 1748, siendo bautizada en la parroquia de San Andrés el 4 de Diciembre. Fueron sus padres Francisco y María de los Reyes, naturales de la próxima villa de Móstoles, y estuvo casada con Diego Charco, empleado en las Reales caballerizas, en cuyo consorcio sufrió bastantes contrariedades. Falleció el 30 de Octubre de 1813, siendo sepultada en el camposanto de San Isidro, primer patio de los cipreses, nicho núm. 387.

era cosa de santos, sabiendo la piedad de su sobrina Andrea, envióslos á ella, quien les dió cuatro cuartos como precio, con lo que quedaron los chicos satisfechos.

Limpió Andrea el lienzo, y descubriendo en él algo de sobrenatural, le adornó con precioso marco de cintas y papel de colores, única cosa de que podía disponer en su estrechez, colocándole en el portal de su casa, con tímida luz delante. Acertaron á rezarle algunos, y tocaron beneficios múltiples; viéronse milagros patentes por la Virgen obrados; el culto se aumentó, y la devoción se propagó en términos que el local fué ya estrecho; por cuyos motivos, creciendo en Andrea el deseo de verla colocada en mejor paraje, con santidad que á no dudarlo habrá de ser declarada en no lejano tiempo, emprendió la tarea de labrarla capilla propia, lo que ya se sabe con qué grandes alientos consiguió: siendo este el mayor de los milagros de la Madre de Dios, conseguir que una infeliz mujer, sin más recursos que su fe, lograra reunir en pocos meses medio millón de reales de limosnas, aplicándolos religiosamente al fin que se había propuesto y aun más allá, porque el culto y devoción á la Virgen de la Paloma, de tal suerte se halla arraigado en este pueblo, que antes perdería la vida que consentir en que se menoscabara. Los frutos de esa piedad son bastantes, ya que no á reedificar esta capilla, convirtiéndola en templo espacioso, á que se restaure la iglesia existente.

E. C.

Á MARÍA

*¡Qué dulce es creer, Dios mío!
(TRUEBA.)*

¡Oh Virgen sacrosanta, consuelo del que llora!
¡Oh Reina de los cielos! ¡Oh Madre del amor!
de tu cristiano pueblo, la dulce protectora,
la joya más preciada del trono del Señor.

Permite, excelsa Virgen, que á tus sagradas plantas
hoy llegue de mi lira el pobre y rudo son;
que al cantar de tus glorias las maravillas santas,
no me impele, oh María, mundano galardón.

Por Ti, de mi alma brota, dulcísimo y profundo,
inextinguible y santo, raudal de puro amor,
y orgullosa en sentirlo, quisiera fuese el mundo
de mi delirio sacro inmenso sabedor.

Que apenas de la vida sentí el soplo cansado,
y sus puras delicias la infancia me ofreció,
sentí junto á mi cuna un sér dulce y amado,
que con acento blando constante murmuró:

«Si al cruzar de la vida por los abrojos rudos,
su copa emponzoñada te brinda cruel dolor,
si caprichoso el tiempo, en sus arcanos mudos,
tus ilusiones mata su paso destructor;

«Levanta tus miradas y fíjalas, serena
en ese vasto techo, del orbe gran dosel,
que allí, tras esas nubes que en su carrera amena
ignotos mundos cruzan en mágico tropel,

«Un trono se levanta, por Ángeles guardado;
de eclipsadores soles se forma su pilar,
y estrellas rutilantes, con su fulgor dorado,
tapizan esplendentes las gradas del altar.

«Allí su asiento tiene la Virgen sin mancha,
la Madre del Dios hombre, que en férvida piedad,
sus brazos nos extiende, mostrándonos, sencilla,
que abraza cariñosa la ingrata humanidad.

«Allí desde su trono, de milagroso encanto,
escucha nuestras preces con plácida atención,
y nuestro lloro enjuga con su precioso manto,
que es fuente de consuelo su dulce corazón.

«Que siempre en el que sufre sus ojos tiene fijos,
y nunca al que le implora le niega su favor,
y Madre la más tierna, por sus culpables hijos,
con lágrimas acerbadas perdón pide al Señor.

«¡Oh! sí; tus ilusiones, tu amor y tu ternura,
con afanoso anhelo ofrécele á sus pies;
¡María es la esperanza! ¡María es la ventura,
y el astro que nos guía de escollos á través!»

¡Oh! sí, Reina y Señora; tu amor inmaculado,
del alma lacerada mitiga el padecer;
¡y cuántas, cuántas veces ante él se han endulzado
mis lágrimas de niña, mis cuitas de mujer!

Con emoción extrema recuerdo, Virgen pura,
las veces que anegada con llanto de dolor,
al pie de tus altares, de tu piedad segura,
con viva fe imploraba tu auxilio salvador.

¿Y quién al contemplarte y al recordar, Señora,
de tus angustias vivas el padecer cruel,
de tu dolor profundo la herida abrasadora,
sentir podrá á tus plantas de su pesar la hiel.....?

Los que seguís ansiosos, del mundo la corriente,
mientras que en tercas dudas vacila vuestra fe,
los que sentís el alma gemir en lucha ardiente,
los que vivís muriendo del precipicio al pie,

Alzad vuestras miradas, fíjadas en el cielo,
y a la amorosa Madre con viva fe invocad;
veréis qué presto calma vuestro incesante anhelo,
veréis cuál la esperanza feliz vuelve á brotar.

¡Oh Reina de los cielos! yo la oración adoro
que el alma vivifica con mágico poder.....

¡oh Madre de ternura, purísimo tesoro!

¡qué dulce es contemplarte, qué inmenso bien creer!

DOLORS MONSERDÁ DE MACIÀ.

HIGIENE Y MEDICINA

El tabaco. — Sus caracteres é historia. — Sustancias que contiene. — Efectos sobre los organismos en general. — Su acción especial sobre la mujer. — Una obra nueva.



N mi último artículo hice un ligero bosquejo de los malos efectos que el tabaco ocasiona en el niño, y como prometiera ocuparme de la acción especial que la misma sustancia produce en la mujer, comienzo á cumplir mi promesa dando al lector una idea general de la planta en cuestión.

El tabaco, cuyo nombre científico puesto por Linneo es *nicotiana tabacum*, corresponde á la clase vegetal de los dicotiledones, familia de las *solanáceas* y tribu *nicotíneas*. Su tallo oscila entre 1 y 2,50 metros de altura y está cubierto de hojas grandes alternas de forma lanceolada y de color verde claro; en la parte superior del tallo se ven las flores conglomeradas ó en panoja, con un cáliz oblongo de segmentos lanceolados y una corola rojiza de forma cónica. Los estambres de estas flores son cinco, correspondientes á un solo ovario bilobular. El fruto, que es una caja cubierta por el cáliz, encierra en su interior semillas pequeñas oblongas y algo arrugadas.

Es originario de América, donde estuvo sin aplicación hasta poco tiempo antes de la llegada de los europeos á aquella parte del mundo. Parece que éstos se encontraron con que el humo del tabaco era usado por los augures y encargados de las ceremonias religiosas, para preparar el espíritu á pronosticar grandes y trascendentales sucesos; después se descubrieron en él propiedades medicinales y empezó á usarse como medicamento, según opinión de Olivier de Serres en su *Theatre de Agriculture*.

Las noticias más verosímiles sobre el descubrimiento del tabaco se encuentran en la obra del Sr. Felip, el cual manifiesta que los primeros que conocieron esta sustancia fueron un judío bautizado llamado Luis de Torres y un español conocido por Rodrigo de Tévez, ambos acompañantes de Colón en su expedición á la isla de Cuba, en cuya parte oriental, y en una población titulada Tabasco, vieron á los naturales aspirar el humo de una materia que quemaban en toscas pipas, á las cuales dieron el nombre de tabacos.

Sea que realmente se creyera necesario para el tratamiento de algunas enfermedades, sea que la frecuencia de verlo emplear á los indígenas despertara la afición de los nuevos pobladores de América, lo cierto es que se generalizó tanto la costumbre

de fumar, que no tardó en transmitirse á Europa. No se sabe con certeza cuándo ni cómo se dió á conocer en nuestro continente el tabaco: dícese que se importó primero á Francia, en donde adquirió celebridad merced al interés que por él tomó un diplomático apellidado Nicot, quien habiendo hablado de las virtudes que poseía á Catalina de Médicis, logró que ésta lo empleara, con buenos resultados, en una enfermedad crónica que padecía. No fué necesario más: el tabaco llegó á ser desde entonces objeto principal de comercio, corriendo por todas las naciones con los nombres de nicotia, hierba santa, hierba de la reina, etc.

En Inglaterra Jacobo I, declaró que esta planta debería prohibirse por los malos efectos que causaba, y escribió en 1619 un libro en el que dejó malparados á los fumadores; Urbano VIII llegó á imponer penas, por decreto del año 1644, á los eclesiásticos que fumaban; en Turquía se cortaba las narices y el labio superior á todo el que aspiraba el producto de la combustión del tabaco, y por último, en otras partes se castigaba este delito con la confiscación de bienes y multas muy crecidas.

Estas prohibiciones fueron causa del grande incremento que tomó el tabaco en el mundo civilizado, donde ya no sólo servía como medio terapéutico, sino como pasatiempo agradable; habiéndose ensanchado el círculo de su uso, hasta llegó á masarse y sorberse por la nariz en forma de polvo impalpable. Todo esto fué obra de los mercaderes, quienes asalariaron á poetas y escritores, para que ensalzaran públicamente los buenos servicios que, según ellos, podía prestar á la humanidad la santa hierba; buena prueba de lo que digo es un poema del siglo XVII, titulado: *Himnus Tabaci*.

* *

Gran trabajo costó, sin embargo, á los comerciantes llegar á hacer del cigarro costumbre general, y si no hubiera sido por las artes de que se valieron, seguramente no hubieran conseguido arraigarlo entre nosotros, pues el tabaco, en razón á los malos efectos que sus componentes ejercen en los organismos, no era bastante por sí solo para recomendarse. No hay más que echar una ojeada sobre el cuadro de su composición química para formar idea de la verdad de mis palabras. La *nicotina*, sustancia acre, volátil y de naturaleza alcalina, es el agente principal del *nicotia tabacum*; después viene la *nicotinina*, principio oleoso que sigue en importancia á la nicotina y que posee una acción semejante: la goma, clorófila, albúmina vegetal, gluten, fécula, ácido málico y el citrato y malato de cal, completan las sustancias que forman el tabaco.

La nicotina produce un sabor amargo y repugnante que dura bastante tiempo; es la originaria del mareo y de las náuseas que experimenta el fumador novel, y ocasiona en el antiguo una fatiga intensa, acompañada de aceleración de pulso, cuyas consecuencias son fatales para la salud. Según Claudio Bernard, es agente venenoso en grado tal, que en estado de pureza basta depositar unas gotas en el ojo de un animal, para producirle la muerte casi instantánea.

Véase por qué los efectos generales del tabaco son tan peligrosos. El mismo Claudio Bernard, y además otros eminentes médicos tales como Dujardin, Peter, Gravés, Jolly Beau, etc., están conformes en señalarle una acción especial sobre el corazón y los grandes vasos, acción que consiste en el desgaste de los elementos anatómicos que componen la capa interna de estos órganos, y que se traduce por retenciones circulatorias, inflamaciones, hemorragias, aneurismas y hasta neuralgias graves, entre las cuales se observa con frecuencia la angina de pe-

cho. En el fumador empedernido, existen además otros síntomas que vienen á ser como corolario de lo que dejo apuntado, y que consisten en dispepsias, desarreglos digestivos, trastornos respiratorios de intensidad bastante para amenazar la vida cuando se hacen crónicos; enflaquecimiento general, y un estado de ineptitud del cerebro suficiente para borrar toda clase de sentimientos y debilitar las facultades intelectuales; á la larga, estas manifestaciones de sufrimiento de nuestros órganos, crean en el hombre un estado de indiferentismo que se asemeja mucho á la imbecilidad.

Y no crean mis lectores que hay exageración en lo que digo: si fueran á los hospitales, si consultaran las estadísticas de los manicomios, si conocieran los libros de las casas de caridad y de corrección, se convencerían de que entre los elementos conducentes á la destrucción de los hombres hay tres, los más nocivos: el alcohol, el tabaco y la miseria.

Y se comprende: el tabaco no imprime sus huellas solamente sobre el individuo aislado, sino que marca sus efectos en toda una familia, en un pueblo entero; es decir, que las consecuencias patológicas que produce pasan de un individuo á otro, de una á otra generación, formando cadenas interminables de eslabones constituidos por hombres entecos, enfermizos, sin condición ninguna para el trabajo, y por mujeres enclenques, románticas, anémicas, y lo que es peor, estériles.

Oídlo bien, fumadoras: la mujer que se entrega al vicio del cigarro, se hace estéril, esto es, se hace incapaz de llenar su misión sobre la tierra: no puede aspirar al título de madre; si se llama esposa no comprende su situación, y vive infeliz, llena la mente de fantásticas quimeras, de luchas, de trastornos interiores que le mortifican y desesperan, tanto más cuanto más aferrada se encuentre á la pasión que la aleja de la sociedad. La mujer que fuma, es flor sin aroma, cuerpo sin vida, reina sin atributos ni autoridad, mujer, en fin, sin virtud.....

Que no tomen mis compatriotas como alusión las precedentes líneas; á estar convencido de que entre las españolas abundaba la clase, seguramente no hubiera sacado las fumadoras á la vergüenza pública.

* *

¿Han leído ustedes *Niñerías*? Es un libro muy bonito, en el que su autor, al mismo tiempo que moraliza é instruye, se permite dar consejos médicos de gran utilidad social.

Se compone de una serie de artículos inéditos, los cuales, aun cuando no guardan relación entre sí, se leen con gusto sin perder un detalle, desde la cruz hasta la fecha: tal es el atractivo de que ha sabido rodearles su autor. Hay uno titulado *La Nochebuena de un médico*, que es una verdadera joya literaria. Pues, ¿y *La gota de cloroformo*.....? ¿y *La madre loca*.....? En fin, compren ustedes el libro, y les pronostico un buen rato; no crean que lo recomiendo movido por el interés.

¡A mí me ha costado el dinero!

DR. GONZÁLEZ DEL VALLE.

NIÑERÍAS

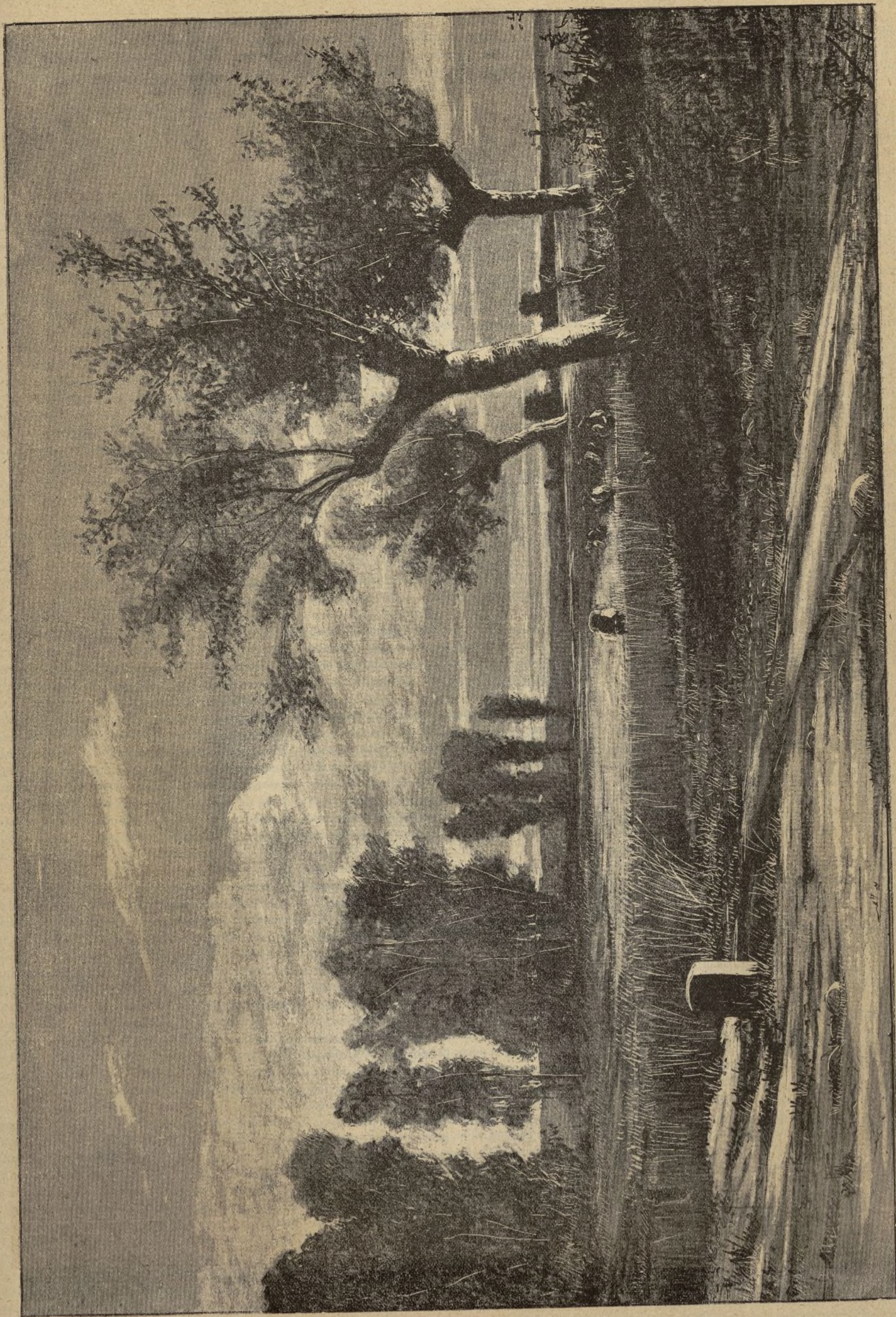


ON este título ha publicado recientemente el Dr. Tolosa Latour un libro, digno de su nombre. Su estilo compite con el fondo y demuestra que el autor sabe sentir y pensar. Nuestro colaborador el Doctor González del Valle le dedica unas líneas, en otro lugar; con éstas quedan completadas aquéllas, y la



LA MADONNA, CUADRO DE JORGE PAPPERITZ.

Ayuntamiento de Madrid



LA SIEGA, CUADRO DE F. URGELLES.

mejor muestra del aprecio que merece, una obra que anda en manos de todos, es reproducir uno de sus variados é interesantes capítulos:

LA LEYENDA DEL DOLOR

« Te conozco bien, eres el mismo de siempre, pero, ¡cuánto variás!

Pareces nacido allá en el polo, hijo de un ventisquero y del escorbuto.

Eres frío é impasible, como una lámina de hielo, y, como ella, abrasas después.

Te odio y te bendigo. Me has hecho desgraciado, pero me has hecho hombre. No te puedo olvidar; aun sin sufrir tus crueles tormentos, te sentía mi corazón.

¿Te acuerdas cuándo te conocí? Era muy niño; rubias guedejas oreaban mi frente caldeada por los apasionados besos de mi madre.

Vivía en la deliciosa inocencia de la infancia, que nos hace bondadosos y confiados.

El día mismo de mi nacimiento un pastorcillo llevó al palacio de mis padres un hermoso cordero, para él fueron mis primeras caricias, en su naciente vellón hundía mis manecillas blancas como él.

Llegué á creer que aquel sér delicado representaba al Angel de la Guarda de que me hablaban todas las noches al acostarme.

No puedo aún olvidar, y eso que he olvidado tanto, por culpa tuya, aquella mirada casta y tranquila, su regocijado balar cuando me veía, el húmedo y aterciopelado contacto de su lengua, que dejaba tibio olor á hierba, y á heno en mi mano.

Una mañana le hallé tendido sobre la nieve del jardín, estaba inmóvil y rígido, y en sus ojos abiertos se veía la misma mirada tranquila y casta á través del hielo borroso de la muerte.

¡Qué frío hacía y que frío sentí! Eras tú, que pasabas y oprimías brutalmente mi corazón, como se golpean los resortes de un muñeco de feria. Y, sin embargo, no los has hecho saltar aún. ¡Son de acero! ¡Bien lo sabes, pérfido!

Durante las horas de fiebre que siguieron á aquella primera puñalada tuya, te veía recorrer los valles y amontonar nieve sobre el pobre caminante, extinguir el hogar del desgraciado, asesinar traidoramente de hambre y de frío á las gentes, como acababas de hacer con mi corderillo.

Pronto se desvanecieron estos recuerdos ante la nueva vida del adolescente. Mi madre veía resplandecer en mi mente los destellos de su clara inteligencia; mi corazón, ese pedazo del alma, palpitaba á compás del suyo. ¡Cuánto la amaba, y ella qué gran pasión sentía hacia su hijo!

Una noche volviste á golpear mi pecho. Su agonía fué rapidísima, antes de que pudiera darme cuenta del inminente peligro, me arrojaban en brazos de mi eterna desventura.

Yo mismo salí sudoroso y desabrigado en busca de su salvación, esperando que serías tan generoso que me dejarías morir por ella ó consentirías que no la sobreviviera. ¡Traidor mil veces!

Cuando regresé, estremeciéndome de angustia, acababa de morir. No había podido legarme su último beso, de igual modo que me había dedicado sus últimos entrecortados pensamientos.

El tibio calor de su angustiosa agonía vibraba aún sobre su cuerpo hermoso. En vano cubría de besos su frente inmóvil; en vano mis lágrimas ardientes bañaban su rostro inexpresivo, mis labios las recogían heladas y amargas como mi dolor....

Yo mismo, con salvaje energía, la vestí su mortaja; yo seguí paso á paso los tintes cadavéricos de su cara, con la ansiedad del moribundo que ve la última puesta del sol.

Desde entonces pudiste enseñorearte de mí. No tenía escudo que me defendiera de tus embates. No hallaba consuelo después de tus heridas.

Todas las enconaste de modo que ahora mismo me estremezco de espanto al pensar en aquellas horas, más crueles quizá que éstas, en que, no contento con haber corroído el alma, devoras al miserable cuerpo.

Tú hiciste llorar á la mujer que amé, secando en mi corazón todo amor que no fuera el de mi madre.

Lejos de aquella, sentía que palpitaba de emoción mi pecho á su solo recuerdo. Al tenerla delante, la frialdad que depositaste en mis venas helaba las palabras en mis labios, mis ojos la contemplaban con indiferencia, y mi mano, que había estrechado mil veces apasionadamente su retrato, deslizábase de las suyas como traidora serpiente.

En cambio, anudabas mi garganta y atarazabas mi cuerpo ante otra hermosa niña á quien ví crecer y de quien fuí casi prometido esposo.

Nuestras madres se habían querido mucho. La suya decía; educa, para tu hijo. ¡Pobre hijo y pobres madres!

¿Por qué me dejaste vislumbrar la felicidad? ¿Por qué diste tregua á tu infame obra? Por abismarme en la desesperación y en la miseria.

Sólo, más tarde, con un ángel inocente, vivo retrato de mi mujer inolvidable, pequeñuela como ella, como ella blanca y hermosa, más que por la perfección del semblante, por la pura delicadeza de las facciones, he arrastrado mi orgullo á través de una vida de indigencia y bochorno, á fin de que no muriera de hambre.

¡Cuántas veces habrás creído que sufría por la abstinencia forzosa y el hambre cruel, y, sin embargo, gozaba al llevarla su comidita, adquirida á costa de inconcebibles esfuerzos, y quién sabe si de bajezas!

No sé hasta dónde he descendido. Estando ella á mi lado me creía en el séptimo cielo: cuando trabajaba hasta el vértigo, viéndome tan miserable, me parecía imposible llegar hasta donde ella se hallaba.

¡Qué feliz era en poder ocultarla mi situación! En el colegio donde estaba de interna sabían mi antigua posición social, y como no le faltaba nunca ni lo necesario ni lo superfluo, creían que algún día volvería á sostener los blasones de nuestros antepasados en lujosos trenes. Mi aspecto modesto hacía simpática mi figura, y ciertamente nadie podía sospechar que la palidez y la demacración eran debidas al hambre.

Fué preciso que me hicieras aún más desgraciado. Agotaste tu refinada crueldad llenando de lágrimas sus hermosos ojos y atarazando su tierno corazón.

Amaba y era amada. Amaba como me amó aquella que desdené, y también ella sufrió desdenes. Era pobre y apasionada. Sufrí el castigo que yo merecí en mi tiempo. Emprendimos después la peregrinación por el vía crucis, en donde lacerado físicamente ha caído sin esperanza de levantarme.

¡Que noches tan horribles paso á tu lado! En vano la morfina, con sus adormecedoras visiones, embarga mis sentidos poco á poco; tú lates bondadosamente allá en los más sensibles jirones y resquicios de mis desgarradas entrañas, como campana fúnebre que doblara á lo lejos, en tanto que se condensaran en mortuorio recinto los vapores de una orgía.

Mi pobre cerebro ya no puede despedir rayos de luz, como antes. Mis ideas revolotean como mariposas negras en el agostado campo de mi fantasía.

No te debo otro beneficio que haberme hecho filósofo y conocer el único hombre bueno que existe en el mundo. A él debo horas de relativa calma. Si me da vida, serás vencido, y entonces quizá te perdone, pues mi hija será poderosa y yo gozaré de mi triunfo.

Si muero, acompañaame aún por las heladas estepas de lo desconocido y respétala. Haz de modo que permanezca insensible ante los ajenos dolores,

para que se vea libre de todo dolor. Y ahora destrúyeme como quieras. ¡Compañero, maestro, consolador, verdugo!

MANUEL TOLOSA LATOUR.

ROSAS Y ESPINAS

I

PÁLIDA como las hojas de la azucena é inundadas las mejillas de amargo y silencioso llanto, inclinóse María sobre el humilde lecho donde su madre agonizaba, deseosa de recoger las últimas palabras que brotaran de aquella boca querida, la postrer mirada de aquellos ojos amantes, en los cuales aun reverberaban los fulgores del maternal cariño, que todo lo ilumina y engrandece.

— ¿Rezas, madre del alma? — preguntó muy quedo, al ver que los labios de la moribunda se agitaban y que ella no percibía ningún sonido.

Sonrióse de un modo inefable la enferma, llevando á la boca su tembloroso dedo, como imponiendo silencio, y la joven se sentó tristemente al borde de la cama, esperando la explicación pedida.

— Sí, hija mía — balbució al cabo de algunos momentos la madre — rezaba por tí, que el alma siente estremecimientos de dolor al tener que dejarte en la tierra, joven, bella y sin apoyo, expuesta á todos los peligros de la agobiadora pobreza.

— Nunca somos pobres cuando podemos trabajar, madre mía, y ya ves que ni antes de tu enfermedad ni ahora, me ha faltado trabajo.

— Es cierto, pobre niña; pero la costura da poco, y hemos tenido que reducirnos cada día más para poder vivir. Y, sin embargo, ¡tú te estás matando, y es mucho el trabajo que pesa sobre tus débiles hombros! Gracias á él, han desaparecido de tus mejillas los hermosos colores de otros tiempos.

Mientras penosamente pronunciaba estas palabras, la mano enflaquecida de la enferma acariciaba el pálido rostro de su hija con infinito amor, y sus ojos, presintiendo la eterna noche que presto iba á envolverles, complacíanse en penetrarse de los resplandores de aquella aurora, que simbolizara siempre la más pura de sus dichas. Después quedóse profundamente aletargada, levantándose su pecho á impulsos de penosa respiración, que por momentos iba en aumento.

La estancia revelaba una pobreza extrema en sus reducidas dimensiones: humilde el lecho, pobres y escasos los muebles, triste el conjunto. Sólo un rayo de sol, penetrando por la alta ventana, envolvía como en una red luminosa, una jaula suspendida del techo, dentro de la cual saltaba alegremente un canario, dejando oír de vez en cuando sus trinos, mensajeros de la dulce primavera. En vano esperaba el bullicioso pájaro las acostumbradas caricias de su joven ama; ésta, dominada por intenso dolor, lejos de pensar en el ave favorita, contemplaba triste el intranquilo sueño de su madre, mientras que las lágrimas corrían en abundancia por sus mejillas de nieve.

Así transcurrió mucho tiempo, porque la pobreza tiene pocos amigos, y nadie acudía á la humilde casa, como no fuera alguna caritativa vecina por ver si á la joven se le ocurría algo, ó había que bajar á la botica por medicina. Desgraciadamente, todo era inútil, según dijera el médico en su matinal visita, y hora tras hora, pasaron las de aquel día tristísimo, limitándose la joven á llorar en silencio, en besar á su madre y en humedecer con filial solicitud los labios de la enferma, secos por la calentura.

Sola quedaba la desventurada niña en el mundo al morir su madre, sola y sin consuelo, entregada á las amargas vicisitudes que accidentan la vida del

pobre. ¿Qué suerte le estaría reservada? María se estremecía al pensar lo que sería de ella, y cuando esta idea le asaltaba, sobrecogida por repentino terror, cogía con fuerza las manos de su madre, y las retenía entre las suyas con pasión infinita.

Al anocheecer, cuando el último rayo de sol se despedía de la alegre ventana, y del retozón canario, agitóse violentamente la enferma en su lecho, abrió los velados ojos, y extendiendo sus manos en el vacío, murmuró con angustioso afán:

— ¡María, María! ¿dónde estás que no te veo?

— Aquí, madre mía, junto á ti: no te abandono.

— ¡Oh! no te alejes, ven, déjame que te estreche junto á mi corazón.

Arrojóse la joven sobre su madre con desesperación infinita; ésta en vano quiso hablar: una congoja espantosa interceptó la voz en su garganta, y en vez de palabras, sólo articuló un gemido, mientras sus facciones se desencajaban rápidamente.

La joven comprendió que la enferma se moría, al ver los tintes cadavéricos que se extendían sobre su rostro; abalanzóse al cuello de la infeliz moribunda, y gritó con desgarrador acento:

— ¡Socorro, socorro, que mi madre se muere!

El llamamiento á los hombres era inútil: el ángel de la muerte había descendido á la humilde estancia para llevarse un alma al infinito, y la moribunda, no pudiendo hablar, buscó casi á tientas la cabeza de su hija, que oprimió débilmente con su mano, como si aquello fuera su última y cariñosa bendición. Después, el cuerpo se desplomó en el lecho, revistiéndose por momentos de la augusta serenidad de la muerte, y cuando acudieron los vecinos, en los labios de la anciana dibujábase la plácida sonrisa que es patrimonio de los justos cuando abandonan este valle de dolor.

En cuanto á María, incapaz de resistir serena tan inmenso infortunio, dió un grito horrible y cayó al suelo como herida por el rayo.

Una hora después, amortajado el cadáver y tendido sobre el pobre lecho, cuatro amarillentos cirios esparcían triste luz por la estancia; en un rincón de ella oraba de rodillas la pobre María, intentando, á fuerza de oraciones, atraer de nuevo á la tierra aquella alma querida, sin la cual crecía tan sola en el mundo como la palmera, cuya esbelta silueta se eleva en las vastas llanuras de un desierto sin fin, imagen tristísima de la soledad que reina al lado del dolor, como la hiedra entre ruinas.

II

Un mes después del triste suceso, hallábase la joven huérfana junto á la ventana de aquel humilde cuartito, donde todo le recordaba á la muerta querida. Doblaba mustia la gentil cabeza sobre el pecho, y en vano el jugueteón canario con dulces trinos trataba de llamar su atención. La joven no le oía, embargado su espíritu en la contemplación del pasado, que tantas lágrimas simbolizara para ella. Nunca viene sola la desventura, y á la muerte de su madre siguió la carencia absoluta de trabajo. En vano buscó y suplicó: sus palabras no lograron despertar un eco compasivo en ningún corazón, y cuando salió de la última tienda, con el alma oprimida por la pena y los ojos llenos de lágrimas, Madrid, para más sarcasmo, ofrecía ese risueño y animado aspecto que le es peculiar en primavera: hermosas jóvenes cruzaban aturdidas sus calles y paseos; corrían lujosos coches en todas direcciones, pregonando las opulencias de una gran capital, y bajo un cielo espléndido de luz, se desbordaba la vida con inusitada y simpática exuberancia.

Y en tanto, María no había comido, ni siquiera tenía dinero para comprarse un traje humildísimo de luto; sólo un pañuelo negro se anudaba á su esbelto talle, haciendo resaltar la nivea blancura de su her-

mosa garganta. Absorta en bien lúgubres pensamientos, cruzaba la pobre huérfana la Puerta del Sol, desanimada y triste, cuando de repente brillaron sus ojos, y todo su sér se estremeció, al ver pasar junto á sí una ramilletera, que pregonaba con alegres voces su perfumada mercancía. ¡Oh qué idea tan feliz! Ya sabía de qué vivir mientras durara el buen tiempo: vendiendo flores. ¡Qué hermosa ocupación para ella; á quien gustaban tanto!

Dirigióse á su casa, febricitante, anhelosa; vendió algunos pocos objetos que no le eran indispensables; adquirió la canastilla y las flores, y cuando la presentamos de nuevo á nuestros lectores, en un ángulo de la pobre estancia, veíanse los restos de la hermosa mercancía y algunas monedas, recogidas en su peregrinación por las populosas calles de la Corte.

El primer día, la tarea fué ruda, el calvario doloroso para aquella pobre hija del infortunio; su timidez le hacía asustarse de su propia voz, y todo su cuerpo temblaba bajo el dulce peso de sus flores. Llegó á su casa en extremo fatigada, y sin saber si alegrarse ó entristecerse, por el nuevo género de vida emprendido.

Al día siguiente ya tuvo más valor; al otro pregonó con firme voz sus flores, le compraron más, se animó, y á fin de semana, cuando ya llevaba cinco ó seis días vendiendo flores, sin pensar en el triste invierno, iba resignada y casi contenta á su diaria ocupación, más fresca y bella, que las flores que se desbordaban de su canastilla.

Tuvo suerte en medio de todo: vendía más que sus compañeras, porque los transeúntes, al verla tan delicada y tan hermosa, la miraban con admiración y le compraban flores cediendo á irresistible impulso. María, por exigencias caprichosas de la suerte, se había convertido en uno de tantos seres que andan por Madrid, viviendo al día como los pájaros y viendo deslizarse unas tras otras las horas con indiferencia y descuido. Poco á poco, reaparecieron las rosas en sus mejillas, volvió á vagar en sus labios la perdida sonrisa, y sin abandonar su traje de luto ni su vida laboriosa y modesta, las vecinas pudieron observar que la joven cuidaba más de su atavío, sostenía largas conversaciones con su canario en las horas medias del día que pasaba en su solitario hogar, y que toda su persona acusaba un cambio completo. Y como la curiosidad es insaciable, de deducción en deducción, sacaron en consecuencia que la joven huérfana tenía novio.

No andaban descaminadas en sus apreciaciones las curiosas vecinas; en efecto: María, apenas dedicada á su nuevo género de vida, no experimentaba las penas inherentes á las almas solitarias; el amor, yendo á sorprender el cándido sueño de su corazón, dibujaba nuevos horizontes en aquella existencia infortunada. La huérfana amaba con toda la intensidad de que era capaz su alma apasionada y tierna, á un gallardo joven, de tez morena y ojos negros, que un día al comprarle flores se atrevió á comparar los encendidos colores de los claveles con la fresca boca de su linda vendedora, y con tal arte supo cautivar el ánimo de María hablándole el hermoso lenguaje del amor, que el corazón de la huérfana sintióse renacer á nueva vida desde el instante mismo de su encuentro con el galán.

Desde entonces todos los días, al declinar la tarde, se encontraban los enamorados en lugares solitarios donde nadie les impidiera hablar de amor; ella olvidaba feliz la venta de sus flores por una hora, y él los placeres con que brinda la sociedad elegante á la juventud cortesana. Porque el novio de María era un joven distinguido, todo un caballero, un hombre en vísperas de terminar una carrera en la Universidad, hijo de una familia acomodada y, al parecer, que sólo deseaba conquistarse una posición para ofrecerla á su adorada.

Por lo menos esto era lo que el galán había repetido cien veces á la huérfana, y ella creía en su palabra con esa fe ciega que caracteriza al verdadero amor.

Mil veces quiso el galán acompañar á la joven á su casa, pero ella se opuso siempre con energía; era demasiado honrada para dar pábulo á una sospecha, y su enamorado tuvo que contentarse con la pureza de unos amores, cuyo valor quizá no podía apreciar del todo.

— ¡Te adoro tanto, alma de mi alma, decía una tarde el galán á la huérfana, dirigiéndose según costumbre al Paseo de Atocha, donde procuraban librarse de importunos testigos. Si tú quisieras, podríamos vernos más á menudo, y no sólo una hora al día, que pasa veloz como un sueño.

— Es preciso ser prudentes; tú no debes abandonar tus estudios ni yo mis flores; día vendrá en que nos veamos de continuo, y entonces nos resarciremos con creces de las privaciones de hoy.

— Es cierto, soy un aturdido, perdóname; pero ¡te amo tanto! — dijo él, fijando en la niña su ardiente mirada.

— ¿Verdad que no me olvidarás nunca, Luis? — preguntó á su vez ella, con ese recelo cariñoso, que es tan dulce al amor.

— ¡Imposible! me sería más fácil olvidarme de vivir.

— ¡Soy pobre!

— ¿Qué importa? yo me haré rico con mi carrera á fuerza de trabajo.

— Envolvió á la huérfana Luis con apasionada mirada, y ella, atraída por la magia irresistible de aquel hombre, levantó hacia él sus hermosos ojos, en los que brillaba la luz indiscreta de la dicha, y como al mirarle se olvidara de todo, inclinóse un poco la canastilla que sostenían sus manos, y de ella cayeron al suelo un manojo de frescas rosas.

Bajóse Luis á cogerlas con la galantería que le era natural, y al recobrarlas, la ramilletera lanzó un pequeño grito.

— ¿Qué tienes? — preguntó Luis.

— Nada, que con ser tan bellas las rosas, distraída al mirarte, me han advertido que tenían espinas.

III

María amaba con verdadera pasión á aquel hombre, cuyo amor inundaba de venturas su corazón tan combatido por el dolor, y sin él, no concebía la vida en este valle de lágrimas, donde el sufrimiento es ley que á todos nos alcanza. Pasaron los meses, el verano tocaba á su término y las primeras ráfagas del otoño hacían palidecer las flores en la canastilla de la linda ramilletera que á intervalos se preocupaba, de cómo se mantendría durante el invierno, cuando las graciosas hijas de Flora dejaran de invadir la corte castellana.

Pero su preocupación duraba poco, al ser feliz, confiaba como nunca en el porvenir, y le parecía que el amor de Luis tenía el privilegio de ahuyentar las sombras que antes rodeaban su existencia.

— ¡No hay rosas sin espinas! — murmuraba la niña al contemplar las que, amarillentas y lacias, yacían en el fondo de su canastilla, y una confiada sonrisa se dibujaba en sus purpurinos labios.

Así las cosas, en una noche de Octubre, nebulosa y triste, cuando impetuoso viento gemía á lo largo de las calles, heraldo del invierno, María arrimada á una esquina de la calle de Alcalá, y arrebuja en su mantón, ofrecía con trémula voz sus pálidas rosas á la multitud que acudía al teatro de Apolo y deseaba por momentos acabar la venta, para sustraerse á las inclemencias de aquella noche cruel.

En tanto, sus yertas manos acariciaban las rosas, pensando con tristeza que se acababa su breve reinado, y disponíase al fin á abandonar su incómodo sitio, cuando un grupo de jóvenes de ambos sexos pasó por delante de ella riendo á carcajadas.

— ¡Hermosas flores! — dijo una joven de las que componían el grupo.

— Buena ocasión para que el condesito las ponga á tus pies, Gabriela, — dijo una de las acompañantes.

— ¿Y por qué no? — dijo otro de los jóvenes, cuyo metal de voz hizo estremecer á la pobre niña.

Era Luis, quien dando el brazo á la dama, é inclinado hacia ella con rendida actitud, se olvidaba de todo para pensar sólo en la espléndida hermosura de aquella mujer lujosamente ataviada.

— ¿Te gustan las flores, amor mío, — preguntó á su compañera con dulce acento.

— ¿A quién dejarán de gustar en el mundo?

Entonces él, sin fijarse en la ramilleteira, cuyo rostro estaba medio oculto en las sombras, cogió con indolencia algunas rosas de la canastilla, tiró una moneda sobre el cesto, y presentándolas á su compañera, dijo con voz balbuciente:

— Tómalas, Gabriela, y sólo siento que su pasajera belleza, no responda al amor inmenso con que mi alma te las ofrece.

— ¡Inmenso! — repitió burlonamente uno de los jóvenes — ¡tú, que cada día haces gala de un capricho nuevo! No le creas, Gabriela.

— No doy nunca fe á sus palabras. ¿Acaso no sé que es un calavera incorregible? — repuso la joven.

— Os desafío á que lo probéis, — dijo Luis con trabajoso acento, volviéndose torpemente hacia sus compañeros.

— No le hagáis caso — añadió el que antes había hablado — el condesito está borracho como le sucede muy á menudo.

Todos soltaron la carcajada y empujaron suavemente á Luis que se había detenido en mitad de la acera. Este prosiguió el interrumpido camino, siempre dando el brazo á Gabriela, que le ayudaba á sostener el equilibrio.

María fué testigo mudo de esta escena con los ojos inmensamente abiertos, la respiración anhelosa y temblando todo su cuerpo como á impulsos de la fiebre. Cuando el alegre grupo se alejaba le siguió con desesperada mirada, pudiendo desde luego comprender el vergonzoso estado, la vida disipada, que llevaba aquel hombre que juzgó sin tacha.

¡La había miserablemente engañado! Además era un conde, y no podía por lo tanto casarse con una infeliz ramilleteira.

Todo esto pasó con la rapidez del rayo por la mente de la joven; en un momento vió desaparecer todas sus ilusiones, y sintió como si una losa de plomo oprimiera su corazón. Giraban con sus ojos rapidez espantosa dentro de las órbitas; cayó de sus trémulas manos la canastilla, desparramándose por el polvoriento suelo las escasas rosas que contenía, y de repente sintió como una ráfaga de fuego invadir su cerebro, y no pudiendo sofocar la intensidad de su dolor, soltó una estridente carcajada que atrajo hacia ella la atención de cuantos por allí pasaban.

Formóse pronto corro en torno de la infeliz María, que había caído al suelo víctima de un ataque nervioso, balbuciendo palabras incoherentes y no cesando de reír de un modo convulsivo y desgarrador. Lleváronla á la próxima Casa de Socorro, más tarde al Hospital, y aquella risa horrible que ocultaba un dolor tan grande, parecía estereotipada en su boca. Cuanto se hizo para volver á la pobre ramilleteira en su acuerdo, fué inútil; el choque moral recibido había perturbado de tal manera su razón, que á los quince días de permanencia en el Hospital, los médicos ordenaron trasladarla á Leganés por juzgar incurable su locura. Después, nadie volvió á acordarse de la pobre María: con intervalos de violentos arrebatos y de pacífica locura, fué extinguiéndose en el manicomio aquella existencia tan

atormentada por el dolor, debiendo á la caridad los últimos consuelos y cuidados.

En cuanto á Luis, se preocupó muy poco de la desaparición de la hermosa ramilleteira, cuya conquista empezaba á cansarle, por lo larga, y siguió su vida de aventuras, como tantos otros que infiltran la ponzoña en la sociedad, haciendo del amor un juego indigno, convirtiendo en crimen, tolerado por las costumbres modernas, la más hermosa y santa ley que Dios impusiera á los hombres.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

LOS ÁNGELES DE LA TIERRA

Su lema es la *Caridad*,
esa caridad sublime
que presta amparo al que gime
en el duelo, en la orfandad.
Ángel de luz, su piedad
brilla en la paz, en la guerra;
donde el infortunio aterra
allí ofrece su consuelo:
si hay ángeles en el cielo
también los hay en la tierra.

No en aislamiento profundo
oculta en piadosa calma,
la pureza de su alma
á las miradas del mundo;
no, que entre su cieno inmundo
resalta más su virtud,
germen de vida y salud;
donde gime un sér humano,
combate al dolor insano,
de la cuna al ataúd.

Y en su santa abnegación
olvidándose de sí,
á ti, humanidad, á ti
entrega su corazón.
La caridad por misión
y por bálsamo el consuelo,
por tu dicha su desvelo,
por amigos los humanos,
los que sufren por hermanos
y por esperanza el cielo.

Tal es el sér ideal
que en la lucha transitoria
muestra al creyente la gloria
en este vasto erial;
la que en el triste hospital
presta al que negro capuz
cubre los ojos, su luz,
su apoyo al convaleciente;
la que ilumina al demente,
siempre á cuestas con la cruz.

La que recoge afanosa
fruto inocente del vicio,
supliendo en el santo hospicio
á una madre cariñosa.
Almas que en senda escabrosa
del bien á ninguna eximen,
que los pecados redimen
y en sus deberes constantes,
desde los tiernos infantes
hasta los hijos del crimen.

La que al moribundo advierte
al extinguirse la vida,
la existencia prometida
donde en ángel se convierte;
la que en lucha con la muerte
que se cierne sobre el lecho,

de su segur á despecho,
si no salud le da calma;
la que transmite á su alma
la fe que inunda su pecho.

Y cuando el alma á la altura
se alza, en alas de la muerte,
guarda su materia inerte
en cristiana sepultura;
mientras su plegaria pura
se eleva del alma en pos,
gozando al cabo las dos
de la divina presencia;
que el ruego de la inocencia
no tarda en llegar á Dios.

Y si el contagio aparece
con su horrible mortandad,
la ardorosa *Caridad*
como nunca resplandece;
donde una mártir perece,
otra acude presurosa,
por quien sufre generosa,
dando su riesgo al olvido;
la madre del desvalido,
la *Caridad* victoriosa.

La que lleva su consuelo
á los campos de batalla
y al fulgor de la metralla
que sume la tierra en duelo,
muestra al moribundo el cielo;
el peligro no le aterra,
que, al estruendo de la guerra
y al zumbir de los cañones,
elevan sus oraciones
los ángeles de la tierra.

Mártires de la piedad,
consuelo del sér que gime,
amparo de los que oprime
la flaqueza de la edad:
la sublime *Caridad*
vuestro sacrificio abona;
la caridad que eslabona
al prócer y al indigente,
la que ciñe á vuestra frente
del cielo eternal corona.

ANGEL LASSO DE LA VEGA Y FISCOWICH.

ASOCIACIONES BENÉFICAS

ESCUELA CATÓLICA DE OBREROS EN ZARAGOZA

Cuatro años hará que, llevados unos jóvenes de la idea de educar y moralizar al obrero, basada en la doctrina de nuestro divino Salvador, y considerando las necesidades de la clase trabajadora, participaron á otros amigos el pensamiento de crear una escuela apta para este fin, y hallándolo aceptable, lo aprobaron.

Dada la idea, requeríase el cimiento sobre el cual había de sustentarse el edificio, esto es, la cabeza ó Presidente que había de regirla. Este no se dejó esperar; el distinguido coronel D. Honorato de Salleta no rehusó el honroso cargo que se le confería, si bien pensó (como así se hizo) debía pasar la comisión promotora á visitar al Emmo. Sr. Arzobispo Cardenal Benavides notificándole tan humanitario proyecto y ofreciéndole la Presidencia para su mejor régimen y acierto.

No vaciló el Sr. Cardenal en acoger y amparar tan buena obra, aprobando el nombramiento del citado militar para que se encargara de sus funciones, en atención á no poderlas desempeñar personalmente.

Una vez designado el Presidente, necesitábanse

profesores, local y protectores que contribuyeran con su peculio al mantenimiento de la Escuela.

Muchos fueron los que se ofrecieron gratuitamente, á compartir con la honrada clase obrera sus conocimientos. Establecieronse clases de Aritmética, Ortografía, Dibujo, elementos de Arquitectura, teneduría de libros, francés, doctrina, música, etcétera, etc., á cargo de los Sres. Profesores R. P. Blas Ainsa, Navascués, Moscoso del Prado, Castejón, Latorre, Jiménez, Traizoz, Fracheta, Arias, Cabrera, Corrada, Carvajal, Palomar, Navasa, Saleta, Jiménez, Baquero, R. P. Melchor Ollé y Bernareggi.

El local en que están instaladas las clases fué ofrecido gratuitamente con el material, por los respetables Padres Escolapios.

Difundida por la prensa esta institución, principalmente en el órgano de las escuelas, el *Semanario Católico*, *El Pilar*, dióse á conocer, promovándose así su desarrollo.

¡Cuántas asociaciones habrá que, tal vez por falta del elemento de la publicidad, yaczan en la obscuridad, sin contar con protectores que las saquen de su letargo! Porque, como suele decirse, «nadie puede amar á quien no conoce ni de quien no espera», esto es, nadie puede proteger á aquel cuya existencia ignora, y por tanto, sus necesidades.

El local donde la escuela se halla establecida mide 238 pies por 22 de ancho, dividido en dos clases ó departamentos. En el primero luce un dintel con la imagen del Crucificado, San Vicente y Pío IX. De las paredes cuelgan carteles, muestras de escribir y mapas, y contiene veinte mesas, pizarras para las operaciones de Aritmética y Geometría y cinco aparatos de gas de dos focos, pendientes del techo.

El otro departamento tiene, como el anterior, las imágenes del Crucificado, la Virgen del Pilar y San José, con material también abundante.

Figuran como protectores de las escuelas, desde la fundación, el Emmo. Sr. Cardenal, los Excelentísimos Sres. Barón de la Linde, D. Julián Echenique, D. Pedro Lucas Gallego, Barón de Mora, Condes de Bureta y de la Viñaza; y D. Santiago Aranda, D. Roberto Casajús y D. Joaquín Ena.

Alí han dado conferencias religiosas el Rdo. Padre Acero, Provincial de las Escuelas Pías; el Canónigo Sr. Elduayen; el marqués de Valle-Ameno, sobre el «ahorro»: á consecuencia de este dos protectores concedieron imposiciones en la Caja de Ahorros en favor de los aventajados obreros Gregorio Ayuda y Vicente Ferreiras.

La víspera de San José se celebra todos los cursos la solemne repartición de premios á los alumnos más laboriosos. Los últimos fueron presididos por el Ilmo. Sr. Obispo Dr. D. Vicente Aida. El Presidente pronunció sentidas frases acerca de la institución, á las que contestó el Sr. Obispo en frase galana, siendo escuchado con atención y recogimiento, repartiéndose los premios que la Escuela destinaba á sus alumnos, y tres particulares de los profesores de dibujo, para los más sobresalientes, consistentes, en dos trabajos al lápiz y una pintura ejecutada por los mismos, mereciendo elogios de S. I. los progresos de los alumnos y el álbum de dibujos que, por iniciativa del Profesor D. Anselmo Gascón Gotor, fué ofrecido al Prelado.

La cuenta de 1886 á 87, arroja los siguientes datos:

	Reales.
Ingresos.....	3.701,60
Gastos.....	2.948,02
Existencia.....	753,58
La de 1887-88:	
	Reales.
Ingresos.....	5.174,58
Gastos.....	2.547
Existencia.....	2.627,58

Los matriculados en este año ascendieron á doscientos trece.

El estado de la Escuela católica obrera zaragozana es satisfactorio, quedando cubiertos todos los gastos y fondos para el próximo curso. ¡Gracias á la Providencia y al celo de los buenos católicos que, con su óbolo, han hecho practica tan santa obral

PEDRO GASCÓN GOTOR.

CRÓNICA

Terminada la Santa Visita Pastoral, en la que ha empleado 47 días, el 8 regresó á Madrid nuestro Rmo. Prelado, dando por bien empleadas sus penosas fatigas ante los bienes espirituales y temporales que ha producido. Ultimamente se ha detenido en 18 pueblos, siendo acogido en todos, no sólo con el respeto debido á su jerarquía eclesiástica, sino con amor filial y verdadero entusiasmo. En Colmenar de Oreja encontró el templo parroquial cerrado, y en Velilla de San Antonio, destruido, tomando providencias y acudiendo con recursos para que empiecen las obras de restauración.

— En Inglaterra, donde visiblemente progresa el catolicismo, hay actualmente 25 Arzobispados, 96 Obispados, 20 Vicarías apostólicas y 8 Prefecturas.

La última estadística de la población católica y sus colonias arroja las siguientes cifras:

Inglaterra y Gales.....	1.360.000
Irlanda.....	3.913.000
Escocia.....	327.000
Súbditos ingleses en Gibraltar.....	18.000
Malta.....	160.000
Colonias del Asia.....	1.044.000
" Africa.....	131.000
" América.....	2.200.000
" Australia y sus dependencias..	580.000
Total de población católica.....	9.733.000

— Según Wagner, en su *Estadística del Catolicismo*, hay 153.837.535 católicos en Europa, 9.234.126 en Asia, 2.655.920 en Africa, 51.033.790 en América y 671.566 en la Oceanía. Total: 217.432.937. Este censo es de 1886.

— Véanse los premios concedidos á los pintores españoles, en la Exposición de París:

PINTURA

Medalla de honor. — (Jiménez (D. Luis).
Primeras medallas. — Alvarez. — Aranda. — Madrazo.

Segundas medallas. — Araujo. — Ayrton de los Ríos. — Hidalgo. — Moreno Carbonero. — Rico. — Sala. — Sánchez Perrier. — Villodas.

Terceras medallas. — Bañuelos (Doña Antonia). — Benlliure. — Bilbao. — Casanova. — Gándara. — Gessa. — Luna. — Madrazo (D. Ricardo de). — Masó. — Masriera (D. Francisco). — Masriera (don José). — Maifren. — Ochoa. — Riva (Doña Luisa de la).

Menciones honoríficas. — Agrasot. — Falero. — Graner. — Herreros de Tejada. — León y Escosura. — Mendez. — Miravent. — Pujol. — Rumoroso. — Rusñol. — Seiquer.

DIBUJO

Primeras medallas. — Aranda. — Urratieta Vierga
Segunda medalla. — Tapiró.

Terceras medallas. — Olarría. — Pellicer. — Pescador.

Menciones honoríficas. — Atalaya. — Florez. — García Hispaleto.

ESCULTURA

Segunda medalla. — Querol.

Terceras medallas. — Pardo de Tavera. — Sutillo.

ARQUITECTURA

Segunda medalla. — Amador de los Ríos.

GRABADO

Segunda medalla. — Ríos (D. Ricardo de los).

— Se han publicado los cuadernos 212, 213 y 214 de la notable obra editada por la casa Cortezo y Compañía, de Barcelona, *España, sus monumentos y artes, su naturaleza é historia*. Trae el primero una preciosa acuarela oleográfica de la *Huertana* de Murcia, y todos, diversas fototipias de aquella Catedral.

— Los Sres. Montaner y Simón, que han conseguido hacer de su *Ilustración Artística* uno de los primeros periódicos ilustrados de Europa, acaban de dar á luz como suplemento al núm. 395 de dicha publicación, dos magníficos cromos litográficos que representan la *Cúpula central de la Exposición de París*, plagada de primorosos detalles, y *La Torre Eiffel y los monumentos más elevados del mundo*, con su escala comparativa; figurando allí la columna de Julio en París, San Pedro de Roma, Nuestra Señora de París, columna de Vendome en París, gran pirámide de Egipto, Catedral de Colonia, Catedral de Viena, Iglesia de los Inválidos en París, Catedral de Ruan, Catedral de Strasburgo, Panteón, Teatro de la Ópera y Arco de la Estrella en París.

— Ya están colocadas en la nueva fachada de la Catedral de Barcelona las estatuas de San Juan Evangelista y San Felipe, debidas al escultor don Agapito Valmitjana.

— Un joven hospedero de Bouillón (Francia) ha descubierto un árbol barómetro, el aliso, en latín *Grataegus Califolia*, cuyas hojas verdes se vuelven blancas cuando la lluvia se acerca. La experiencia se ha hecho repetidas veces y siempre se ha notado el mismo curioso fenómeno, que se inicia en cuanto el tiempo empieza á nublarse.

— *La Andalucía*, periódico de Sevilla, excita al Sr. Ministro de Fomento para que se emprendan las obras de aquella Catedral, ya que ha pasado un año desde el hundimiento, sin resultado. En cuanto de nosotros dependa, contribuiremos con nuestro colega, á que sean atendidos los deseos del católico pueblo que mira lejano el día en que aquellas ruinas sean restauradas.

— En el Instituto del Cardenal Cisneros se han verificado, desde 1.º de Junio último hasta mediados de Julio, 6.355 exámenes de asignaturas, á saber: 459 de primer año de latín; 555 de segundo; 503 de Retórica y Poética; 560 de Geografía; 546 de Historia de España; 444 de ídem universal; 389 de Psicología, Lógica y Ética; 449 de Aritmética y Álgebra; 392 de Geometría y Trigonometría; 374 de Física y Química; 387 de Historia natural; 350 de Agricultura; 482 de primer año de francés; 397 de segundo; 4 de primero de inglés; 5 de segundo; 5 de Dibujo y 4 de Taquigrafía.

— Dirigida por D. Pedro Gregorio de Diego y D. Antonio Alcalde, se abre desde este día en la calle del Pez, 13, 2.º, una Academia preparatoria para oposiciones á la judicatura, donde se explicará el programa contestado por la *Revista general de Legislación y Jurisprudencia*. Los aspirantes á dichas plazas, seguramente nos agradecerán la noticia.

NOTAS SUELTAS

DECÁLOGO DEL PADRE DE FAMILIA

Constituirás una familia con amor, la sostendrás con tu trabajo, y la regirás con bondadosa energía.

Serás prudente en los negocios, pródigo en las enseñanzas, celoso en mantener la autoridad paterna, tardo en decidir, pero irrevocable en tus decisiones.

Tendrás para tu esposa constante apoyo moral, buscando en ella consuelo, sin desoir su consejo.

Destruirás todo error, toda preocupación y todo desorden doméstico.

Procurarás que exista siempre un *superabit* en afectos y en intereses.

Haz que los tuyos vean en ti, cuando niños, una fuerza que ampara; cuando adolescentes una inteligencia que enseña; cuando hombres, un amigo que aconseja.

No cometerás nunca la torpeza de presentar en oposición, ó lucha, el poder materno con el paterno.

Trata de que tus hijos conozcan siquiera el camino de la desgracia y sepan sobrellevar con virilidad los males y las maldades, en la vida.

Estudiarás las aptitudes de tu hijo, no le harás comprender que puede ser más que tú, ponle silenciosamente en camino de serlo.

Cuidarás sea tan robusto de cuerpo como sano de inteligencia. Hazle *bueno* antes de hacerle *sabio*.

* *

En la cucaña de la verbena:

— ¡Sube, anda, tumbón, que arriba hay plata!

— ¡Si es que me escurro.....!

— ¿Que te escurres?

— ¡Chavó; si fueras del Ayuntamiento, ya estarias arriba!!

* *

El ama y la criada:

— Gervasia, tú eres nueva en Madrid; mira que no te engañen, sobre todo cuando compres; hay que regatear, ofreciendo siempre la mitad. ¿Entiendes?

— ¡Vaya si entiendo!

La criada y el cartero:

— Tin, tin.

— ¿Quién?

— El cartero. Cuatro cartas, veinte céntimos.

— ¿Veinte? ¡Jú, jú! Serán diez.

— Es precio fijo.

— ¡Quía! Si quiere usted diez los toma, y si no, ¡jopo!

— Son veinte; pregúntaselo a tu ama.

— ¿A mi ama? ¡Jú, jú!

— Pues ahí quedan las cartas.....

— ¡Me las da de balde! Bien decía la señorita. Vaya, ya que son tan baratas, daré tres a mi ama y mandaré la otra a mi madre, que se queja de que no la escribo.

* *



ABONADO Á LA PLAYA, Busto en bronce, de Anglés.

Nos coge divertíos
tanta verbena,
y así no arreglamos
en lo que suena.

Mientras gastamos todos
tanta saliva,
lo que se gana abajo
se gasta arriba.

¡Olé, guasón!
No me quites la casaca
que voy a enseñar la maca.
¡Siga la función!

* *

Las mujeres que hombrean y los hombres que se afeminan forman un tercer sexo digno del desprecio de los otros.

Hay una cosa peor que la servidumbre: el servilismo.

El que mucho escriba que mucho lea, no para imitar sino para evitar.

Orgullo sin valor, es la vaina sin la espada.

La mujer ama más que el hombre, porque hace más sacrificios.

El amor puro y desinteresado es la más noble acción; la ausencia, del egoísmo.

La mujer ama ó aborrece, el hombre admira ó desprecia.

Mueven más las lágrimas de una mujer el co-

razón del hombre, que la elocuencia de todos los filósofos.

* *

En la verbena:

— Deme usted media docena de chulos fritos.

— ¿Chulos ó churros?

— Lo mismo da.

— Es que chulos crudos, también los tengo.

* *

LITERATURA CHINA

La obrera.

« La claridad de la luna de otoño es blanca como la nieve.

Como si fuese acero, el viento de otoño me corta la cara.

Una pálida lámpara que tengo á mi lado me ilumina durante la noche, y es mi única compañía mientras trabajo.

El producto de toda una noche en vela, es unos cuatro metros de tejido.

Necesito reposo, pero los cuidados del día siguiente me impiden entregarme al sueño.

Ayer, cuando fui á la ciudad á entregar el fruto de mis veladas, he visto la espléndida canastilla de una rica desposada.

Se componía de muchos cientos de telas de seda y de doce cofres llenos de vestidos.

¡Qué feliz será esta desposada, que sin conocer la morera ni el gusano de seda, posee tantos trajes! Vuelvo á casa apenada y lloro ante los utensilios de mi oficio, pensando en mi desgraciada persona, que pasa la vida fabricando telas para otras... que se casan.

En un momento de desesperación, cogí las tijeras para cortar mis labores.....

Pero al acostarme oigo á los grillos que cantan como para llamarme y decirme que debo nuevamente volver al trabajo.»

JABON REAL DE THRIDACE VIOLET Jabon VELOUTINE
El único inventor 29, B* des Filles, Paris
Recomendados por autoridades médicas para la higiene de la Piel y Belleza del Color.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
El único Dentífrico aprobado por la Academia de Medicina de París
El mejor calmante contra los dolores de muelas
Encomendado especialmente con los **POLVOS DE BOTOT**
con Quina para los cuidados de la boca.
229 Rue St-Honoré, Paris
Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

ADVERTENCIA

Rogamos encarecidamente á los Sres. Suscriptores que adeudan cantidades á esta Administración, las remitan lo más pronto posible, á fin de evitar los perjuicios que con su morosidad se siguen á los intereses de los Huérfanos.

Igual ruego hacemos á los Corresponsales.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.198.